

HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Año. I

Oficinas: Alfaro, 6, accesorio
Talleres: Caravija, 20.

Dos ediciones diarias

Precios: (Murcia, 1 pta. al mes
(Fuera, 3 trimestre)

Núm. 144.

NOVEDADES VARIAS

En el establecimiento de D. Tomás Palazón, se han recibido los géneros novedad para la temporada de invierno, los que se realizan á precios sin susbida alguna y si más baratos que en temporadas pasadas.
Grandioso surtido en franelas novedad, clase superior, desde un real vara en adelante.
Toda clase de colchas para camas de matrimonio, calidad superior, desde SEIS REALES una en adelante.
Recibidas las colecciones de géneros novedad para caballeros y las de otros muchos artículos que se venden á precios muy reducidos.

TOMÁS PALAZÓN

PLATERIA, 36 Y SAN BARTOLOME, 7 Y 9.

¡GRAN OCASION!

Se realiza una importante partida de cera de abejas garantizada como muy superior á los precios siguientes:

Velas de una libra. 1'20 pesetas
Id. de media libra. 0'60 id.
Id. de cuarta. 0'30 id.

La cera es de abejas, devolviéndose el dinero al que pruebe lo contrario.

“LA VERDAD” DE ANTONIO GARRO
39, PLATERIA, 39.—MURCIA

COLEGIO DE LA PURÍSIMA CONCEPCION

DIRIGIDO POR

D. Antonio Ortiz Bernal, D. Emilio Planell Sentia
y D. Rafael Martinez Trejo

Próxima la apertura de estudio; en el Instituto de segunda enseñanza del curso académico de 1898-99, queda abierta la matrícula en este bien montado centro de enseñanza para todas las asignaturas del Bachillerato, pudiendo ofrecer á los señores padres, como garantía de buen éxito, los brillantes resultados que hemos obtenido en los exámenes del curso anterior, en los que hemos alcanzado las más brillantes notas sin sufrir ni un solo suspenso.

ESCUELA DE 1.ª ENSEÑANZA

en sus tres grados de párvulos, elemental y superior, esmeradamente dirigida y con un completo material de enseñanza.

Preparación para carreras especiales, idiomas, dibujo y a ignaturas de a lora no Se admiten internos, permanentes, pensionistas y externos.
Se facilitan reglamentos para dentro y fuera de la capital.

Calle de Alfaro, núm. 7, (junto á la Plateria).—Murcia.

MURCIA 23 SEPTIEMBRE DE 1898

DECLARACIONES de Pi y Margall

«El Liberal» llegado hoy á ésta publica las siguientes:

—Mis ideas son bien conocidas. Desde el principio de la guerra aconsejé que se diera á Cuba la autonomía; no la autonomía tal como la han entendido los conservadores y los liberales, sino la autonomía tal como la ha definido siempre el partido federal. Cuando la ví otorgada por los liberales, la calificó de insuficiente y tardía, y manifesté que se le debía haber ofrecido á los insurrectos como condición de paz. Luego que la ví rechazada, y á los Estados Unidos resueltos á intervenir en la cuestión, encarecí la necesidad y la urgencia de negociar con los rebeldes sobre la base de la independencia. Si no la concedemos decía—perderemos la isla, sin que nos quede relacion alguna de amistad con los cubanos. Por medio de la negociación podríamos, de seguro, obtener un Tratado de comercio ventajoso para la Península, y el indispensable deslinde de deudas entre el Tesoro de la Colonia y el de la Metrópoli.

—Aun después del ultimatum de Mac Kinley estuve por que se negociase la paz con los insurrectos: entendía que solo por este medio cabía evitar un rompimiento con los Estados Unidos. No se quiso seguir esta conducta; se provocó, por el contrario, la guerra, dando las dimisorias á Woodford antes de haberse recibido oficialmente el ultimatum. Pudo esperarse á que nos lo comunicaran oficialmente, y proponer el arbitraje, invocando el precedente de haber Cleveland obligado á Inglaterra á aceptarlo en la cuestión de Venezuela.

—Vino la guerra, y apenas supe el desastre de Cavite, publiqué, bajo mi firma, un artículo, en que dije que era preciso poner término á la guerra á

costa de cualquier sacrificio. El Gobierno adoptó esta conducta después de la derrota de la escuadra de Cervera en las aguas de Santiago. De todo corazón lo aplaudo, sintiendo solo que no se hubiera ofrecido mayor resistencia á la cesión de Puerto Rico, cesión que no entraba en la tradicional política de nuestros vencedores.

—Ya la pérdida de Cuba y Puerto Rico es inevitable. Inevitable me parece también la de nuestra soberanía sobre parte del Archipiélago filipino. Ya que no la perdamos, tendremos que compartirla con los norteamericanos. Los tagalos son casi dueños de la isla de Luzon, y es probable que hayamos de ceder al doble esfuerzo de los yankees y los insurrectos.

—No nos podemos quejar de lo que nos sucede. Hemos regido mal las colonias, no hemos sabido escarmentar en la pérdida de todo el territorio de América, que se extiende de México á Chile; no hemos querido doblegarnos oportunamente á lo que el progreso de las ideas iba exigiendo, y hemos sido la primera nación de Europa totalmente arrojada del continente que hace cuatrocientos años descubrimos.

—Menos mal si en vista de todos estos desastres supiésemos regenerar la Península, rompiendo con insostenibles tradiciones y abriendo á la política nuevos horizontes y nuevos rumbos. Desgraciadamente, no veo en ninguno de los hombres que se ofrecen á salvarnos nada que indique tan provechosa mudanza. Hablan todos de descentralizar, pero sin que ninguno defina hasta donde ha de llegar la acción del Estado y empezar la de las provincias. Hay en muchas provincias un espíritu regionalista que casi raya en la independencia, y esos salvadores nada intentan que pueda quietar los ánimos y reforzar los vínculos entre el Estado y las regiones. Conviene declararlas todas autónomas, á fin de obviar todo rompimiento; y conviene hacerlo pronto, para que la reforma no venga tardíamente como en Cuba.

—Para la regeneración del país, en lo que debemos fijarnos es en avivar por todos los medios imaginables el

amor al trabajo; alentar todas las industrias; procurar á los agricultores un crédito de que carecen; estimular la inventiva de nuestros compatriotas; abrir en todas partes colegios; transformar los Institutos en Escuelas de Artes y Oficios; establecer la enseñanza oral y práctica para los adultos que no conozcan la lectura; hacer, por fin, de una nación de retóricos una nación de trabajadores. Mucho se ha de conseguir por la autonomía de las regiones: cobrarán todas vigor, alientos, fuerza; multiplicarán sus industrias y abrirán nuevas fuentes de riqueza. No pudiendo esperar del Estado los beneficios de hoy, saldrán de su letargo y recobrarán nueva vida.

—¿El Gobierno de hoy á qué espera? Ha dado pruebas de incapacidad antes de la guerra, durante la guerra y después de la guerra, y hoy nada hace ni nada discurre para sacarnos del atolladero en que nos ha metido. En vez de vigorizar al pueblo le debilita, reduciéndolo al silencio; amordazando la prensa, prohibiendo las reuniones públicas, huyendo de las Cortes, en vez de buscar en ellas consejo. Quiere que los pueblos callen, cuando mas falta hace que dejen oír su voz y manifiesten sus anhelos. ¿Temerá que hablando se caldeen, exijan responsabilidades, y en un momento de exaltación derriben el origen de los males que los agobian? Ante un gobierno inerte como el que nos rige, de desear sería que surgiera vigorosa la nación, y en su iniciativa y en su esfuerzo buscase la nueva política que su desventurada situación exige. En cualquiera otra nación habria dejado de existir hace tiempo un Gobierno que hubiera sufrido en su política tan lamentables fracasos como el del Sr. Sagasta: habria dejado de existir, aun habiendo nacido esos fracasos de ajenos errores y de ajenas culpas. ¿Dirá tal vez el Sr. Sagasta que no tiene quien le sustituya con ventaja, ya que los que pretenden reemplazarle tampoco han concebido ni conciben nada que pueda salvarnos? ¿Está acaso reducida la suerte de la nación á los que no buscan en el pueblo el poder á que aspiran?

—El mal es grave, y el remedio urgente. Conviene mover á la nación á que hable y no á que guarde silencio.»

LA MERCED

Desde el año de 1862, en que, debido al celo desplegado, por el virtuoso é inolvidable presbítero, capellan por entonces del magistoso templo de la Merced, D. José Antonio Guerrero, de tan grata memoria para todos los vecinos del barrio, y de los numerosos amigos que todavía lloran su muerte, existe en dicha iglesia una piadosa asociación que bajo la hermosa advocación de «Nuestra Señora de las Mercedes», tiene inscritas en sus listas desde la más humilde hija del trabajo, á la más encopetada dama de linajada estirpe.

Los que paso á paso hayan seguido la creación y desenvolvimiento de esta institución, habrán observado el creciente desarrollo de la misma y el entusiasmo que embarga los corazones de cuantos figuran en tan catódica como ya popular asociación, para celebrar la fiesta de mañana.

Muerto D. José Antonio Guerrero (q. de D. g.), vino á caer, casi como llovido del cielo á la asociación, el único hombre que por su celo y entusiasmo en pro de ella, pudiera seguir las huellas marcadas por su virtuoso predecesor y fundador.

D. Pedro Belando, (y perdóneme si ofendo su modestia) con un entusiasmo digno de la causa porque trabaja con tanto amor, como celo, lejos de abandonar en brazos de lo que halló, á la muerte del Sr. Guerrero, ha llevado adelante los trabajos de propaganda, á tan alto grado, que, gracias á ellos, la catódica Murcia, la ciudad que más se distingue entre todas las de España, por su amor á la Santísima Virgen, admira hoy, luciendo en sus calles, una solemne procesión, que ha venido á ser una necesidad para los fieles, (y al decir fieles me refiero á todos los murcianos) y que por la piedad de los asociados, el entusiasmo de las camareras encargadas del arreglo de las efigies y el no menor de los que forman la Sociedad encargada de organizar estos festejos, vivirá tanto como el fin santo que la asociación persigue en honor de su Excelsa Titular y Patrona.

Y ya que de la Merced escribo, justo

creo, consignar aun cuando solo á título de recordación y curiosidad, algo sobre la fundación del que un día, en tiempos más venturosos para nuestra desgraciada España, fué convento de frailes mercedarios.

Tiénesa por seguro, que la fundación de esta Orden en Murcia, fué debida al propio San Pedro Nolaseo, cuando acompañando al rey D. Jaime, vino á esta ciudad.

En el sitio donde el Santo fundador, celebró por vez primera ante los muros de la ciudad el sacrificio de la misa, que es el emplazamiento que hoy ocupa la parroquia de Santa Eulalia, allí, se levantó por vez primera, el primitivo convento de la Merced, y quien sabe si fué el primero que en Murcia hubo.

Pasados algunos años, trasladaron los religiosos la fundación á las afueras de la puerta de Bib-Oriola, después del León y hoy de Oriuela.

En este segundo emplazamiento del convento, fue donde tuvo lugar el milagroso suceso de Nuestra Señora del cuello tuerto ó de los Remedios, de que otro día haré mención.

Según un antiguo manuscrito que obraba en poder del que fué cura de la Palma y hoy goza de Dios D. José Romero, antes de trasladarse al sitio que hoy ocupa el actual convento, estuvo en otro de la Puerta Nueva, hasta que terminadas las obras del actual en 10 de Julio del año 1560, se trasladaron allí los religiosos permaneciendo en el local, hasta el día 2 de Agosto de 1835, en que fueron expulsados de su sagrado retiro é incendiado el convento por las desenfrenadas turbas de aquella época de turbulencias.

La procesión que mañana noche saldrá del Templo, y seguirá la carrera de todos los años, consta de los siguientes paños:

La Beata Mariana de Jesús, escultura de D. Roque López, que talló al mismo tiempo que sus compañeras de Lorea y Cartagena.

D. Pedro Belando, camarero del paso, lo arregla con mucho gusto.

San Pedro Nolaseo, talla del inmortal Sañillo, y cuyo paso, arreglado por la Sra. D.ª Antonia Martínez-Cañada de Galiana, demuestra el religioso entusiasmo que por el fundador de la orden tiene su camarera.

El Niño Dios, escultura de Sanchez Aracil; es su camarero D. Pedro Belando, pero la virtuosa y distinguida señora doña Teresa Soriano de Guerrero viste la imagen, confeccionando y bordando en oro y sedas las preciosas túnicas del Niño, que tanto llaman la atención todos los años.

Nuestra Señora de las Mercedes, obra del escultor Bussi, es un paso de gran lujo y maravilloso efecto, en que la señora de Echeverría demuestra su exquisito gusto, y fervoroso amor á la Santísima Virgen, adornando el paso con el soberbio templete y juegos de bombas que tanto llaman la atención.

Con esto, y con las tracas, tracas y más tracas, terminan los solemnes cultos que la sociedad organizadora ha preparado en honor de la patrona de la institución, y por los cuales, bien merece un voto de gracias de todos los murcianos, dando no poca participación á D. Pedro Belando, por sus desvelos y trabajos en pró del mayor esplendor de estos cultos.

J. de S. G.

LA PRIMERA LLUVIA

En otro tiempo, allá en las primeras épocas geológicas, no llovía.

Los sabios se asombrarán al oír esta noticia estúpida; pero como ha llegado á mí por buen conducto, por cierta la tengo, piensen lo que piensen los hombres competentes.

De no ser así, no escribiría esta quiscosa, á la que, por complacer á mis amigos, doy el nombre de cuento.

Habia nubarrones enormes en aquellas edades, nieblas espesas, agua flotante, que en inmensas masas, á modo de lana negra, envolvían la costra sólida del globo, como si una legión de titanes hubiese trasquilado todos los negros rebafios del negro Cosmos, acolchando con el producto del esquileo nuestra áspera corteza.

Admito, pues, que hubiese nubados, nubes y nubarrones; admito que la trama vegetal estuviese impregnada de agua, como si un diluvio de celdillas verdazcas hubiesen caído sobre valles y montes; no me opongo, por tanto, á la humedad universal, porque en nada se opone á mi cuento, pero ni go que llovie.

La verdadera lluvia, la de hilos li-

quidos, que al descolgarse de arriba mece el aire; la de infinitas gotas, que bajan trazando líneas de cristal; la que llena el espacio de diminutos puntos brillantes y raya las negruras con los líquidos borlones del chaparrón; esa lluvia, la lluvia legítima, no existía.

¿Pues cuándo y cómo y por qué empezó á llover? Esto es mi cuento.

Las nubes eran permanentes y vagaban por el espacio como rebafio flotante de monstruos. A veces, muy pocas, dispersas; casi siempre, apiladas.

Oscuras por lo regular, rojizas en alguna puesta de sol. Desgarradas por el rayo en aquellas gigantescas tempestades, que eran como los últimos esfuerzos del caos, para tragar y hundir en su seno lo que de su seno brotó.

De aquí que las nubes estuviesen en perenne estado de lucha, de ira y de dolor.

¿Cómo han de estar unos séros á quienes azotan los vendavales y punzan las centellas? ¿Que hoy se hielan en un polo y mañana se abrasan en el Ecuador? ¿Que ya la tempestad con presión titánica aplasta contra unos montes, ya vientos encontrados estiran en prolongadas ráfagas por todo el horizonte, como se estiran los miembros de la víctima en el potro?

Convengamos en que ser nube en aquellos tiempos no era cosa muy cómoda.

Y ningún descanso, ningún consuelo.

Pero una vez y en unos instantes de reposo, miraron las nubes hacia abajo, y vieron sobre una roca una mujer, que por la contracción de sus facciones, por sus brazos, que ya los alzaba al cielo convulsivos, ya los retorcia uno con otro como dos sierpes encolerizadas, y por sus ojos, secos y centelleantes, demostraba estar poseída de gran dolor y profunda desesperación.

—Vamos—dijeron las nubes, con un si es ó no es de complacencia—también esa mujer sufre; no todos los dolores han de ser para nosotras.»

Desahogos naturales del sexo.

Al cabo de un rato la mujer suspendió sus furores; algo así como un sollozo le hinchó el pecho, subiendo doloroso por la garganta, y un torrente de lágrimas le inundó el rostro, y cayendo al redondo sono, buscó divinos cauces.

Con lo cual se quedó más tranquila.

Las nubes la contemplaron con curiosidad y se dijeron unas á otras con extrañeza: «Pues se ha calmado.»

Después bajaron de su altura balanceándose con pesadez como cetáceos aéreos, y acercándose las más ligeras á la mujer, le preguntaron como pudieron:

—¿Que haces?»

Y ella contestó: «Llorar.»

—¿Y que es llorar?»—dijeron las preguntadas.

—«Esto.»—y secándose con la mano las mejillas y recogiendo algunas gotas que habiense quedado perezosas sobre el pecho, roció con lágrimas á las nubes más próximas, algo así como un bautizo de llanto.

—¿Y para qué lloras?»—preguntaron todavía acercándose más al peñón.

—«Toma, para consolarme.» Y volviendo las redondas espaldas, mal cubiertas por la melena, se fué por el monte.

«¡Para consolarse!»—repitieron las nubes y se fueron arriba, llevándose en sus flotantes hondas las lágrimas con que la mujer las roció.

Al otro día vieron cruzar á la mujer con paso ligero y sonriendo.

—«Pues era verdad: el llorar consuela»—se dijeron las nubes unas á otras.

Y muchas veces, cuando la noche las ennegrecía y cegaba, cuando las azotaba el rayo acardenalando con verdugones de fuego sus lomos inmensos de vapor, cuando el huracán las empujaba hacia adelante, como á manada de monstruos, despellejándolas en bosques, zarzales y arboledas, con lo desordenado de la carrera, cuando el frío hacía de las burbujitas de agua, cristales agudísimos y menudos, con los cuales la inmensa masa se pinchaba así misma, y en sus entrañas todas; cuando el sol abrasador dilataba el nublado, como si quisiera arrancar-

